

[Documento facilitado por el autor del artículo]

ENSAYO SOBRE LA INTOLERANCIA

por F. Javier Ugarte Pérez

I - INTRODUCCION (EL LADO OSCURO)

Es conveniente comenzar una reflexión distinguiendo los términos que se van a utilizar. Distinguir supone definir, matizar, señalar facetas que separen lo que las cosas parecen ser en las múltiples caras de su existencia. Hacerlo respecto del pasado es tarea fácil porque ha concluído y puede ser estudiado a través de documentos y monumentos, el pasado nos habla pero ya no actúa; definir los términos que utiliza el presente es más difícil porque las relaciones de semejanza y diferencia no están claras. Para empezar ¿quién es racista o intolerante?. En principio todos podemos caer en esos comportamientos; no hace falta vestirse de una manera especial (de neonazi por poner un ejemplo) para realizarlos. La intolerancia no se rodea de una simbología o formas especiales; si las características de quien quiere ejercer la violencia fueran visibles y sus ideas distinguibles de las opuestas al primer análisis, el problema sería sencillo y la ley sería suficiente para terminar con la intolerancia, bien que resurgiera aisladamente en el futuro.

Aún es más difícil determinar las características sociales, culturales o económicas que empujan a la intolerancia o la facilitan. Hannah Arendt enfrentándose a un problema semejante, el totalitarismo, tuvo que realizar una aproximación indirecta reflexionando primero sobre el antisemitismo y después sobre el colonialismo¹. Tampoco presenta la misma dificultad el estudio de una forma concreta de intolerancia -el antisemitismo- en sus formulaciones y consecuencias históricas, que analizar las condiciones que fomentan la intolerancia como actitud. Siguiendo con el ejemplo del totalitarismo expuesto por Arendt, permítaseme recordar la extraña sensación de las tropas aliadas cuando conquistaron Alemania al término de la Segunda Guerra Mundial: se encontraron con que no había nazis en ninguna parte. Habían estado combatiendo contra el nazismo y cuando lo derrotaron el resultado fue que ningún alemán de los que veían y con quienes hablaban se declaraba seguidor de Hitler y afirmaba no haberlo sido nunca. ¿Qué había pasado, todos los alemanes mentían? No, más bien una actitud concreta, enloquecida, había desaparecido y la población solo quería convertirse en lo que recordaba ser antes del año treinta y tres, alemanes sin más características que la cultura germana y la religión protestante. Las actitudes parece ser que cambian con cierta facilidad, mayor en todo caso que las creencias religiosas y la moral compartida. Bien, pues esta facilidad para cambiar necesita ser analizada para intentar conocer lo que es el lado oscuro de la mente humana, el odio, el rechazo, la violencia. Pero es necesario comprender que estamos reflexionando sobre algo

[Documento facilitado por el autor del artículo]

versátil, fácilmente influible por noticias esporádicas, problemas sociales o económicos, declaraciones de personas importantes y los intereses e ideología de los medios de comunicación de masas.

Todavía una dificultad más; si bien en el caso de la tolerancia se puede hablar de actitudes y personas intolerantes, no sucede lo mismo en el caso de fenómenos similares como la marginación. Se puede hablar de personas marginadas, incluso contabilizar estadísticamente la marginación económica, pero no se puede hablar de marginadores como tal. Nadie se siente responsable o dichoso de que existan pobres o de que las mujeres tengan menos oportunidades en la competencia por el ascenso laboral. Pues bien, en el presente ensayo se hablará de la intolerancia y de los factores que la promueven; la marginación es un fenómeno distinto, bien que igualmente deplorable, que debe ser objeto de una reflexión específica.

II - EL PROBLEMA (LA HISTORIA DEL OTRO)

Comencemos por un nivel de definición muy general, la distinción entre lo Mismo y lo Otro. Es una oposición de base hegeliana que afirma dos conciencias luchando por la existencia en un mismo espacio, una resultará vencedora y la otra deberá asumir la derrotaⁱⁱ. Quien expone su vida en el combate consigue el triunfo y quien renuncia al triunfo para salvar la vida, bien porque no quiere pelear, bien porque no lo hace bien, pierde y debe aceptar la esclavitud y un dueño. Esta figura, hartamente tematizada en la historia del pensamiento, se desarrolla en un segundo momento en que el esclavo alcanza su libertad a través del trabajo y la propia sustentación. En cambio el señor pierde la libertad por poner su existencia en manos del esclavo, con lo que se da una inversión vital de los papeles que hace más auténtica la vida del esclavo y más alienada la del amo. No es el hecho de hablar o comunicarse sino el de trabajar lo que caracteriza la existencia humana en cuanto plenamente humana (idea que será recogida más tarde por Marx). Sí, la inversión es vital, pero no social ni legal porque el esclavo sigue siendo esclavo y el amo sigue siendo amo. Hasta que el esclavo no tenga suficiente seguridad en sí mismo y plante cara a su amo no dejará de ser esclavo, bien que no merezca su esclavitud porque se redime a través del trabajo. Lo interesante de la figura hegeliana es que no se habla de justicia, inteligencia o bien por ninguna parte; el poder se define a partir de relaciones de fuerza y miedo. Quien es más fuerte y vence su miedo tiene el poder, quien es más débil y se deja arrastrar por la angustia de una batalla mortal pierde la libertad y con ella todas sus posesiones.

Hegel expone como metáfora lo que considera que han sido las relaciones de poder político hasta el momento en que él escribe (principios del siglo XIX). Es la historia de un conflicto permanente de fuerzas; sólo cuando los esclavos se afirman a sí mismos se produce un cambio importante, entiéndase por

[Documento facilitado por el autor del artículo]

esto una revolución donde se dé la inversión del sistema legal y político de poder. No es extraño que con cada revolución el primer signo de la inversión de fuerzas consista en vaciar las cárceles y liberar a los sometidos por el antiguo orden y la ley anterior (vasallos, siervos, semisiervos, etc). Pues bien, la historia de los esclavos es la historia del Otro, aquel Otro a quien el transcurso de los siglos ha decantado como perdedor, como residuo de los triunfos de los ejércitos más numerosos y mejor armados. En Occidente los esclavos ya no existen pero creo que la figura del Otro se ha mantenido bajo la piel de los judíos, los homosexuales, los gitanos, los africanos.... ; también las mujeres pero esta es una discriminación basada en el sexo que ya constituye el campo de trabajo de las feministasⁱⁱⁱ. Sin embargo ese Otro del que habla Hegel no tenía características especiales, carencias de fuerza o inteligencia que a priori le hubieran predispuerto a perder. A ello se añade que ninguno de aquellos a quienes no se tolera en condiciones de igualdad ha pasado por la experiencia de una lucha en la que hubiera sido derrotado, ninguno ha preferido la esclavitud o la marginación al precio de conservar la vida. La Autoconciencia hegeliana, como casi toda la **Fenomenología del Espíritu**, es una metáfora imaginativa sobre el pasado. La humillación del no tolerado no estaba escrita en su genética ni en sus costumbres, pero así ha acontecido y el trascurso de los siglos ha fijado las relaciones de poder de esa determinada manera y no de otra. Es la que nos hemos acostumbrado a leer en los libros de Historia y que tenemos que reescribir en nuestra mente para no perpetuar la desigualdad en la sociedad que formamos. Sabemos lo que ha sido la Historia, lo que no acabamos de saber es cómo evitar que siga teniendo el mismo aspecto.

Reproblematizar la desigualdad no tendría sentido si no existiera un factor nuevo que cambiara las relaciones de poder tradicionales. Ese factor es la democracia; en la semántica que estoy desarrollando democracia significa desaparición del Otro en beneficio del Mismo. Es ontológicamente necesario que desaparezcan las desigualdades que engendran discriminación. En la misma idea de democracia está el fin de la discriminación, o de lo contrario el sistema generaría tal cantidad de tensiones que no podría funcionar. Aquí es necesario distinguir lo diferente de lo desigual; no es aconsejable intentar suprimir las diferencias porque eso sería eliminar los grupos y las personas que se manifiestan distintas, personas que a veces se asocian en grupos más amplios y que pueden constituir etnias. No tiene sentido pedir a un dominicano que deje de ser dominicano para evitar las consecuencias de la xenofobia, sería cargar sobre sus espaldas el peso del problema y no sobre la sociedad que lo excluye; lo mismo vale para un protestante o un homosexual. Las diferencias existen y han existido siempre, son enriquecedoras y, aunque no lo fuesen, el individuo tiene derecho a ser lo que quiera ser sin tener que demostrar su contribución a la buena marcha del

[Documento facilitado por el autor del artículo]

mundo. Si se exigiese eso para conceder la plena ciudadanía habría pocas personas en toda la sociedad que consiguiesen demostrar que cumplen este requisito. La pertenencia a la especie humana es motivo suficiente para encontrar respeto a la identidad individual, por más que difiera del resto. De lo que se trata es de evitar las desigualdades de poder y riqueza que tienen como sustrato esas diferencias, evitar la marginación que se apoya en esas diferencias y no llevarlas al extremo como distintivo personal. Nos identificamos mediante diferencias pero no mediante desigualdades porque la dicotomía igualdad/desigualdad se refiere al trato que damos y recibimos. Se puede definir ahora la discriminación (racismo, homofobia, xenofobia) como el trato desigual dado a un ser humano que muestra alguna diferencia con respecto a la mayoría de la población, la discriminación tiene el objetivo de impedir su acceso a bienes comunes.

Pues bien, el caso es que las naciones occidentales han implantado la democracia de sufragio universal desde hace un siglo, e incluso menos. Como resultado nos enfrentamos a situaciones que ni siquiera conoció la democracia de la Grecia clásica, sistema esclavista y masculino de gobierno. El problema en este contexto es de asunción de lo Otro en lo Mismo. Para esto la Historia poco puede enseñarnos y los filósofos apenas han dado claves para comprender el tránsito. El pasado nos aporta numerosos ejemplos de sociedades que consiguieron que grupos humanos diferentes convivieran en paz durante siglos; la España de los siglos X al XV fue modélica en este sentido con algunas ciudades como Toledo o Córdoba donde la convivencia fue especialmente rica y productiva para todas las culturas y religiones allí asentadas. Esto lo conocemos y sabemos cómo fue, pero si nos empeñamos en regir nuestra vida por diferencias marcadas, visibles y reduccionistas de los demás aspectos de la persona corremos un riesgo. El problema es que en un momento concreto se rompa la paz por interés de alguno de los grupos, supuestamente el más fuerte, y los demás se vean condenados a la expulsión (judíos en la España del siglo XV) o al exterminio (genocidios de Bosnia y Ruanda).

Y es que seamos sinceros, los sistemas jerárquicos y segregacionistas aportan claridad y permiten comprender con poco esfuerzo cómo funciona el mundo. Es decir, permiten conocer fácilmente quién manda, cuánto poder tiene, qué quiere conseguir en su gobierno y cuánta libertad de acción y posibilidades tiene uno según su sexo, familia, etnia o grupo social y lugar de nacimiento. Buenas o malas las normas están claras y las personas o grupos con poder se rodean de una fuerte simbología que permite identificarlas como poderosas aunque uno nunca haya visto antes a la persona en cuestión o a nadie que haya desempeñado su cargo (los atuendos y maneras de la Iglesia Católica son especialmente destacables como ejemplo de la simbología del poder). Lo mismo sucede con la visibilidad de los grupos dominantes y

[Documento facilitado por el autor del artículo]

dominados; se sabe que ser varón católico (en el sur de Europa), heterosexual y de raza blanca otorga una cantidad importante de privilegios. Carecer de alguna de esas propiedades resta satisfacciones, responsabilidad y comodidad; carecer de dos o más hace la vida indigna y poco deseable de ser vivida porque uno/a entonces no es responsable ni siquiera de sí mismo/a. En las sociedades democráticas esta jeraquización de características tiene el objetivo de desaparecer. Individuos y grupos se ven obligados a participar y dialogar en teóricas condiciones de igualdad en el funcionamiento de la sociedad. La igualdad ante la ley borra diferencias avaladas por la tradición.

Así se produce un choque serio entre lo que el sistema democrático defiende y lo que la tradición respalda, a menudo con el apoyo popular. Fruto del choque es que los intelectuales pueden ser vistos como enemigos del pueblo por defender el conjunto de ideas igualitarias frente a los prejuicios extendidos y populares; su actitud se vuelve sospechosa de esconder privilegios ocultos con esta defensa. Si esto no se puede demostrar entonces se les critica por lo contrario, por vivir una existencia que está al margen de la sociedad, en una especie de "Torre de marfil" en la que los problemas y preocupaciones de las personas normales en nada les afectan.

La agresión que puede sentir una parte importante de la población y que genera intolerancia como reacción es analizable, al menos, desde la pérdida de dos importantes condiciones de vida: económicas y simbólicas. La extensión de la igualdad desde los varones hacia las mujeres, de los blancos hacia las otras razas y de los heterosexuales hacia los homosexuales está pendiente de asumir en gran medida. En este proceso de ampliación de la igualdad es donde saltan los conflictos basados en los dos factores anteriores. Los aspectos económicos son importantes cuando se trata de dar vivienda o subvenciones a la población sobre la que coinciden los rasgos de la marginación y la intolerancia para que tenga un nivel de vida mínimo que, de paso, le permita salir del mundo del subproletariado y no caer en la delincuencia. Entonces la población mayoritaria se revela, como se revelaba la burguesía ante las luchas sindicales durante el siglo pasado y el presente. Les parece que esa extensión supone un empobrecimiento injusto de la mayoría que paga impuestos y un regalo innecesario a quien no contribuye al bienestar general; además puede ser un acicate, según ellos, para la pereza. Contra esas poblaciones se puede esgrimir la indefensión de los ancianos, huérfanos, etc para así desviar las ayudas. Al fin y al cabo en el grupo mayoritario no todos disponen del mismo bienestar. En España quienes más fuertemente sufren las consecuencias de esta rebelión por las ayudas económicas son los gitanos, inmigrantes africanos y sudamericanos, etc.

[Documento facilitado por el autor del artículo]

Sin embargo esta protesta, ya clásica, se puede soslayar en situaciones de crecimiento económico o de ayudas generales a las clases pobres por parte del Estado. Por eso no me parece tan importante como la que surge de la pérdida de la autocomprensión, de la pérdida simbólica del Yo. No se trata de la idea psicoanalítica del Ego sino de volver a la idea de lo Mismo y lo Otro. Es evidente que las diferencias entre los entes existen en base a la no atribución a todas las personas de una misma característica; si no fuera así esa característica perdería la capacidad de diferenciar y dejaría de ser una información destacable. Sería como decir de una persona que tiene dos piernas, algo innecesario. No sucedería lo mismo si esa persona fuera negra o asiática, entonces su pertenencia a uno de esos grupos raciales sería una característica relevante que no se omitiría. Aún no sucede nada importante por decir que alguien es negro u homosexual, también se puede añadir que es miope. Pero las diferencias importan cuando se trata de que los negros vayan a la misma escuela que los blancos y que los homosexuales se casen o se muestren afecto en público. Entonces se percibe una agresión porque estas conductas se dan en espacios que la tradición había definido de distinta manera, como espacios privilegiados cuyo uso corresponde a quienes la Historia ha dado el gobierno de las cosas; es un derecho adquirido y cambiarlo es una intromisión que puede rayar la agresión (el sentimiento de agresión, no la realidad del mismo). Aún esto no es suficiente para que exista oposición violenta; pero imaginemos ahora que el estudiante negro es el alumno/a más inteligente de la clase o que el vecino/a gitano o judío es la persona más rica de la comunidad de vecinos. Entonces sí se puede producir la rebelión de quienes contemplan estas realidades. Imaginan que deben existir perversos mecanismos que han invertido las relaciones de poder y riqueza y han permitido que quien debía estar marginado haya llegado a la riqueza y que quien debía ser servil y trabajar con sus manos obtenga las mejores becas y puestos de trabajo. Puede surgir la idea de conspiración como sucedió con el antisemitismo o sólo la protesta ante fenómenos individuales. Se genera un odio que actúa como defensa, pero una defensa que puede llegar a "la caza del hombre" en algunos casos.

La sospecha es más acusada si los grupos en cuestión viven en lugares al margen de la mayoría (poblados, guettos, comunidades) donde sus peculiaridades se traducen en comportamientos especiales, o se supone que los tienen, motivo por el que es mejor que vivan apartados de la mayoría. Los que son Otro si viven en sitios que también son Otro se sustraen al conocimiento como personas entre quienes son diferentes a ellos. Viviendo juntos se presentan como grupo, así se puede decir de ellos "Todos los X son....." (sustitúyase X por gitanos, judíos, homosexuales, etc). Viviendo en grupo se produce un conocimiento parcial por parte de la mayoría social que solo contempla aspectos externos que, con toda probabilidad, fundamentan

[Documento facilitado por el autor del artículo]

los tópicos tradicionales, por lo general falsos. Dentro de la segregación es cierto que la persona puede sentirse más apoyada, menos diferente, pero pagará un alto precio por esa elección: el ocultamiento de su individualidad a los ojos del resto de la sociedad e igualmente dentro de su propio grupo. La idea de comunidad o segregación parece ir además contra el proceso histórico de integración porque se materializa en la visibilidad de lo que ya se consideraba Otro, con lo que la relación con el resto de la sociedad que discrimina puede ser incluso más fácil porque cumple las sospechas que siempre se tuvieron y mantienen fronteras geográficas fácilmente visibles. Se puede comprender que para ciertas personas ese lugar Otro suponga un alivio a las tensiones que la intolerancia les hace sufrir y se presente como la superación de la soledad y el ocultamiento. No se debe culpar a quien busca este alivio o se deja seducir por la autoexclusión; sería responsabilizar de nuevo a la víctima. Sin embargo sí se debe decir que la existencia del espacio Otro es la manifestación del problema, una discriminación marcadamente negativa al que la segregación intentaría dar una respuesta protegiendo y aislando al mismo tiempo. Como consecuencia se redefine a la persona como víctima una vez más, y esta vez desde dentro. Rodeado de otros iguales -desde un solo aspecto- la persona puede acabar adquiriendo rasgos acusados que no poseía anteriormente; se produce así una nivelación con el entorno que tenderá a extremar los aspectos más visuales de pertenencia al grupo.

Y es que todo lo que suponga mantener los límites donde están hará más fácil la relación con los detentadores del poder: precisamente tienen el poder porque los límites están donde están. Lo que se visibiliza como Otro facilita el uso de estrategias de poder de comprobada eficacia histórica y por tanto mantiene las condiciones de dominación en un nivel cercano al que siempre ha existido (no exactamente el mismo; el tiempo histórico no deja permanecer las cosas en el mismo y exacto lugar). Si se pretende ampliar los límites surgen conflictos porque más grupos humanos compiten por los bienes sociales y se produce una pérdida de identidades y de las seguridades que conllevan. Pongamos más ejemplos; si en un estado la única religión permitida es la católica los creyentes se considerarán capaces de salvar su alma porque al menos tienen la única fe que trascurre por el camino debido. Pero si el estado no es confesional y los creyentes ven que al lado de las iglesias surgen templos protestantes, sinagogas y mezquitas, entonces su camino de salvación se vuelve mucho más inseguro porque ha entrado en el difícil campo de lo discutible; la extensión de los límites aceptado/prohibido o normal/anormal hace que lo sagrado se vuelva objeto de discusión y comparaciones mundanas, lo que genera bastante desasosiego. Lo mismo sucede con la homosexualidad; si está prohibida, o tolerada con prejuicios, los impulsos que pueden surgir con bastante naturalidad en muchas personas hacia los dos sexos se ven constreñidos a dirigirse sólo al sexo contrario. Si ser homosexual

[Documento facilitado por el autor del artículo]

alcanzara el estatus de normalidad entonces las personas casadas o con parejas de otro sexo que sienten o han sentido en algún momento esos impulsos podrían comenzar a dudar de lo correcto de su elección, incluso consentir la tentación de volver a comenzar su vida eligiendo opciones abandonadas por la presión social.

Si las personas pierden el conjunto de signos y símbolos esa desorientación la pueden vivir como agresión, como daño innecesario que otros grupos humanos les hacen. Además es un daño que se produce en su propio suelo, bajo su techo, en el mismo sitio donde ellos siempre han vivido y donde descansan sus antepasados. Por añadidura los problemas que surjan en la sociedad serán achacables a quienes se reclaman los nuevos iguales. El razonamiento es simple pero eficaz: "Antes no había problemas ni todos éramos iguales, ahora todos somos iguales y hay problemas, luego la culpa es de quienes han llegado los últimos y reclaman todos los derechos. La naturaleza es sabia por lo que no era bueno cambiar las cosas. Cada uno debería resignarse a ser lo que le ha tocado ser". Las conclusiones son deficientes porque parten de una premisa falsa, y es que "antes" sí había problemas y muchos de ellos se originaban como consecuencia de la intolerancia: delincuencia entre la población marginal, los homosexuales se suicidaban o se comprometían en matrimonios desastrosos, las minorías religiosas eran perseguidas, los hogares contemplaban el estallido de violencias cotidianas y vergonzantes cuando no existía la posibilidad del divorcio. A una premisa falsa se suma otra falsedad, la creencia en los lugares naturales en función de la opción sexual, la raza o la etnia. En realidad no es la naturaleza sino el uso reiterado de la tradición quien presenta las cosas ante nuestra vista bajo el aspecto que tienen. Nos hemos acostumbrado a llamar natural a aquello que creemos que siempre ha existido de una determinada manera, aunque nunca nos hayamos molestado en comprobar en los libros de Historia si nuestras creencias se pueden avalar con los datos del pasado. Y el hecho es que no, la mayoría de las cosas que nos parecen naturales y permanentes no existían en el pasado.

Digamos todas las verdades. No es el menor de los problemas la lucha que cada grupo minoritario tiene que llevar con los demás para que les reconozcan el mismo derecho a la existencia. Al fin y al cabo quien es judío o protestante tiene que luchar contra la religión católica dominante en los países de cultura latina, pero nada le dicen el racismo y la xenofobia que sufren los gitanos o los africanos. Es más, puede intentar convencer de su ciudadanía ejemplar mediante una férrea oposición a los demás grupos que le lleve a asumir los prejuicios usuales sobre ellos; si consigue esta venta obtendrá con más facilidad los privilegios que se le niegan y pasará a integrarse con la mayoría dentro de la normalidad. Es una estrategia insolidaria pero efectiva; al fin y al cabo a un homosexual preocupado exclusivamente por su existencia poco le dice la situación de un gitano, y a un judío poco le tiene que interesar la existencia invisible a la que se ven

[Documento facilitado por el autor del artículo]

reducidas dos lesbianas; la historia de los movimientos de emancipación social está llena de tristes egoísmos de este tipo. También cabe la situación contraria, la unión en comités regionales, nacionales y supranacionales que integren las fuerzas, voluntades y conocimientos de quienes tienen una lucha común. Si el buen sentido se impone todos salen ganando porque la intolerancia es el enemigo común.

III - FINAL (LA SOCIABLE INSOCIABILIDAD)

Vivimos en sociedades que hasta hace pocas décadas no se habían planteado en serio la convivencia en igualdad, una igualdad entendida como respeto de las diferencias existentes entre sus ciudadanos a partir de unos derechos comunes: los Derechos Humanos. Tenemos que ser conscientes de que la idea de igualdad como trato idéntico que reciben personas que entre sí muestran diferencias es un concepto difícil de realizar, incluso materializarla podría hacer sufrir a muchas personas (bien que se trata del campo de las ideas y los derechos y no de la colectivización de las propiedades o los cuerpos). No en vano hemos tenido una Ilustración en el siglo XVIII que fabricó conceptos políticos de alcance universal, una Revolución Francesa que luchó contra la sociedad estamental de la aristocracia, etc. Hemos ganado un concepto de igualdad de fundamento universal que confío en que seguirá su marcha en el tiempo futuro como lo ha hecho en los últimos doscientos años. La capacidad de cambio político y social que guarda esta idea está aún lejos de quedar agotada.

El ideal ilustrado de una ciudadanía universal es relativamente reciente en la mente de los legisladores y en la actitud de los individuos. El ser humano se caracteriza, según Kant, por su sociable insociabilidad^{iv}. Necesita vivir en sociedad porque sólo en ella se siente seguro y a salvo de la desgarradora naturaleza y en sociedad desarrolla sus disposiciones naturales. Pero al mismo tiempo es insociable porque tiene la tendencia natural a querer poseer todo lo que le place, en lo que encuentra la comprensible resistencia de otros hombres y mujeres. Esa resistencia le despierta el uso de sus fuerzas, talentos y voluntad para conseguir los honores, poder o dinero que ansía. Y así transcurren los pasos de la naturaleza a la cultura, mediante el esfuerzo por alcanzar con nuestro trabajo y talentos lo que se nos niega por el uso de la fuerza. La insociabilidad es deseable para que las capacidades humanas no queden dormidas en una arcádica vida de pastores en la que todos se conformen con poseer lo mismo y ser entes anónimos.

El problema es que la sana insociabilidad kantiana se convierta en intolerancia. De hecho la intolerancia es la abdicación de los esfuerzos individuales y colectivos por la superación del estadio presente y el alcance de los bienes deseados. Ser intolerante es no cultivar la sociable insociabilidad sino empeñarse en

[Documento facilitado por el autor del artículo]

circular por la insociabilidad a secas. La intolerancia convierte al semejante en enemigo de mis propósitos y a sus bienes materiales y espirituales en presa codiciada por mi egoísmo. Quien así piensa llega a sufrir por la felicidad de otra persona, quiere desposeerla de su dicha para intentar saborearla en privado con un ingenuo y dañino egoísmo infantil. Renuncia a alcanzar mejores metas con sus esfuerzos y se concentra en conseguir que los demás no alcancen las suyas con amenazas que les hagan sentirse inferiores o les generen miedo por atreverse a ser lo que son. Se trata de convencer mediante actitudes y actos para que otros seres humanos no reclamen lo que les corresponde como iguales, no fuera a ser que lo consiguieran y además meritoriamente. De ahí que la persona intolerante intente escudarse en problemas colectivos para justificar lo que rechaza; al fin y al cabo en toda sociedad existen problemas, no hay ninguna que no los tenga. Pero esto es sólo un intento de objetivar su dificultad para aceptar su fracaso como ser humano que no quiere o no puede luchar por sus fines. De ahí también que la intolerancia no se manifieste si la persona no está segura de ser amparada por un grupo que respalde la actitud; pocos tienen suficiente valor para ser intolerantes estando solos y obrando a la luz del día.

La intolerancia intenta atemorizar porque parte de un temor interno ante los demás, miedo a sus capacidades y posibilidades, miedo a comprobar el error de las propias elecciones. Temer lo diferente no supone tanto inquietarse ante lo que no estamos acostumbrados a ver, cuanto sospechar de la seguridad de nuestros hábitos y tradiciones. Ante la inseguridad se da el salto de expulsar todos los temores contra otros seres humanos. Y es que no todo lo que creemos o hacemos podría pasar la prueba de la contrastación con otras culturas o puntos de vista. Vivimos con falsas seguridades y a menudo no queremos que nadie nos muestre que lo son, de ahí el rechazo de la diferencia.

Nuestro objetivo es convertir la actitud de rechazo ante los que han sido definidos como Otro por la tradición en una actitud de sociable insociabilidad en términos kantianos, en una actitud de respeto y sana competencia en términos actuales. Del éxito en ese proyecto depende algo más importante que nuestra riqueza, depende nuestra tranquilidad y vida pacífica con los demás. Sólo se me ocurre terminar con el lema ilustrado como punto de referencia para el futuro, una referencia que resulta tan vigente como todos los proyectos de emancipación social: "Los males de la Ilustración sólo se curan con más Ilustración". La visión global del mundo que tenemos actualmente nos permite conocer bien aquellos proyectos por los que debemos luchar.

i. Véase para esto Hannah Arendt: **Los orígenes del**

[Documento facilitado por el autor del artículo]

totalitarismo. (Editorial Planeta-Agostini, cop. Barcelona 1994, 618 págs.). Aquí el problema es similar; quizás para abordar el racismo y la xenofobia habría que empezar por estudiar las variadas formas de convivencia no democrática.

ii. G.W.F. Hegel: **Fenomenología del Espíritu** (Fondo de Cultura Económica. Madrid 1983, 483 págs.). Para una exposición de la dialéctica Amo-Esclavo véase el apartado que trata de la Autoconciencia, y dentro de ella el subapartado que lleva por título "Independencia y sujeción de la autoconciencia; señorío y servidumbre".

iii. Y realizan un trabajo, a mi juicio, muy interesante. Una interpretación feminista de la figura del Amo y del Esclavo se encuentra en la conocida obra de Simone de Beauvoir **El Segundo Sexo** (Ediciones Siglo veinte. Buenos Aires 1987, 2 volúmenes). Véase en concreto la segunda parte del primer volumen, titulada genéricamente "Historia".

iv. Emmanuel Kant: **Idea de una historia universal en sentido cosmopolita** (Volumen "Filosofía de la Historia". Fondo de Cultura Económica. Madrid 1989, 147 págs., ps. 39-65).

Ensayo sobre la intolerancia / Francisco Javier Ugarte Pérez
En: Claves de la razón práctica, ISSN 1130-3689, Nº 86, 1998 , pags. 58-62

[Documento facilitado por el autor del artículo]
